

“Todas las comunicaciones...”, ¿diferencia que no hace la diferencia?

Una perspectiva desde la Teoría General de los Sistemas Sociales de Niklas Luhmann*

MARÍA FERNANDA ZÚÑIGA ROCA

Introducción

En 1992¹ Niklas Luhmann presenta una ponencia donde plantea algunas categorías fundamentales que orientan su crítica hacia la versión moderna del concepto de comunicación –la forma de diferenciación que preveía que la descripción correcta del mundo y de las sociedades se efectuara por una posición que no tuviera competencia, es decir, desde la perspectiva del poder y su influencia–. Dicha postura sostenida por un análisis teórico de gran importancia además planteaba, por un lado, el hecho de que la comunicación es la operación medular de todo sistema social, y, por el otro, la perspectiva –no menos escandalosa– de que ni los individuos ni los sujetos pueden comunicar otorgándole exclusivamente esta capacidad a la comunicación misma. A estos dos principios de la TGSS² –mismos que

* Sociólogo alemán, alumno de Parsons, conocido por sus ensayos dedicados al análisis social derivado de la teoría de sistemas. De entre su obra habría que destacar títulos como *Teoría de la sociedad o sistemas sociales: lineamientos para una teoría general*, *La sociedad de la sociedad*, entre otros.

¹ Niklas Luhmann, 1992, “What is Communication?”. *Communication Theory*, 2(3): 251-259. Este artículo es una versión ligeramente revisada de la ponencia presentada en el simposio de la Internationale Gesellschaft für Systemische Therapie, Heidelberg, 1986. La traducción al inglés es de John Bednarz, Jr. La traducción al español es de Marco Ornelas.

² En 1950 Ludwig von Bertalanffy planteó la teoría general de sistemas como una metateoría cuyo principio era establecer las reglas generales de operación y su aplicación, también general, a cualquier sistema y en cualquier nivel de la realidad. Durante las décadas siguientes, se fueron sumando a este esfuerzo teórico otras perspectivas disciplinares: teoría del caos, cibernética de segundo orden, teoría



ya modifican radicalmente la idea tradicional de comunicación— se les suman otros condicionantes teóricos de grandes consecuencias: entender a la comunicación como improbable y negar la metáfora de la transmisión tan generalizada a partir de la difusión de los principios cibernéticos basados en la transmisión de los mensajes entre emisores y receptores no humanos.

El concepto “comunicación”, desde sus orígenes latinos, ha tenido que ver con un rango de significados que van desde: permiso de concesión, la conexión, el intercambio, la circulación, la asociación y la comunidad. Esta perspectiva apunta a una intersubjetiva transmisión de mensajes dentro de un grupo en el que los sujetos interactúan a partir de mensajes transmitidos entre unos y otros. Este desarrollo del concepto “comunicación”—no obstante esfuerzos aislados y desarrollados desde disciplinas como la lingüística, la filosofía o la sociología— se ha sedimentado semánticamente de tal suerte que como lo habíamos conocido era incuestionable, y además: todos saben comunicarse y, por supuesto, todo es comunicación, lo que implicaba una carencia de distinción como principio fundamental de todo proceso cognitivo. Del mismo modo que todo aquello que es dado por hecho (Dios, p.e.), la comunicación y, sobre todo, su ausencia pueden explicar muchos fenómenos o acciones, casi como un *cliché*: las guerras, la democracia, los divorcios, el enamoramiento, el arte; pero es incapaz de explicarse a sí misma y su operar.

Académicamente, y como resultado de esta tradición teórica que ha impregnado la idea de comunicación, los estudiosos y operarios de nuestra disciplina se han preocupado por desarrollar estrategias de emisión cuyos objetivos están orientados por relaciones de poder; por plantear las perspectivas críticas relativas a los efectos del quehacer comunicacional; por centrar a la comunicación en la importancia de su *feedback*, y darle al extraño receptor la capacidad bondadosa de volverse, eventualmente, emisor de mensajes. Todos estos esfuerzos, sin duda fundamentales para el desarrollo y la comprensión social de un fenómeno entendido como “natural”, intrínseco al devenir social, no han considerado a la “comunicación” y su operación tanto concreta como abstracta como un objeto de estudio en sí mismo, particular y responsable del funcionamiento social.

de las catástrofes, enriqueciendo y aclarando las reglas generales de operación que daban forma a la teoría general de sistemas. La Teoría General de los Sistemas Sociales (TGSS) de Luhmann reproduce la idea de las reglas generales aplicables a todas las realidades, e incorpora la idea de una metateoría capaz de explicar a la sociedad moderna a través de su operación basal: la comunicación. Para ello incorporó y resignificó una serie de principios multidisciplinarios (lingüística, biología, filosofía, hermenéutica, teoría de la información, cibernética) que hacen de su teoría general de los sistemas sociales una teoría sólida, explicable y abarcativa.



La TGSS de Niklas Luhmann, si bien busca explicar a la sociedad, nos permite a los interesados en la disciplina de la comunicación entenderla como una meta-teoría capaz de generar explicaciones y diseñar los modelos constitutivos de toda formación social, y conceptualizar a la misma como la operación que da sentido y origen a aquélla, y no como un proceso resultado del quehacer social. Es decir, la TGSS no plantea a la sociedad como un resultado evolutivo del hombre sino como un resultado evolutivo de la comunicación. Buscar la respuesta a las condiciones, los objetivos, los participantes, las interacciones, los medios, las variables, que posibilitan la comunicación y la formación compleja de los sistemas sociales.

La teoría de sistemas nos presenta una opción abstracta y funcional de comprender a la sociedad como operaciones de comunicación donde las personas no se comunican; sólo la comunicación genera comunicación y puede ser entendida como el conjunto total de operaciones, relaciones, funciones y estructuras presentes en diferentes niveles de la dinámica social (personas, interacciones, sentido, lenguaje, poder, organizaciones, liderazgo, la guerra y cualquier otro, en su relación con los viajes a la luna, la política, la ciencia, el arte, la economía).

La tesis de que la comunicación se autoproduce postula límites claros entre sistema y entorno. La reproducción de comunicación mediante comunicación es algo que se lleva a cabo en la sociedad. Todas las otras condiciones (físicas, químicas, orgánicas, neurofisiológicas y mentales) son condiciones del entorno. Pueden, a través de la sociedad, lograr intercambios en los límites de su propia capacidad de operación. Ningún ser humano es imprescindible para la sociedad. Aunque esto de ningún modo quiere decir que la comunicación sea posible sin que haya conciencia, cerebros irrigados, vida, clima conveniente (Luhmann, 2007: 3).

Todos los días, al levantarnos, nos enfrentamos al primer hecho comunicativo: tener un horario en el cual comenzará nuestra jornada laboral. ¿Qué hace posible ese acuerdo, cómo se llegó a ese resultado? No ponemos en entredicho que es el producto de un proceso evolutivo de referencias relativamente consensuadas que responden a diversos objetivos productivos. Preguntas que no solemos hacernos porque al parecer no relacionamos a la comunicación (dado que el concepto suele venir referido a intercambios entre dos personas en un tiempo presente) con procesos históricos y generalizados, y tampoco solemos preguntarnos por un proceso que aparece como una característica genética de lo humano. Al deshumanizar el concepto para hacer de él una operación sólo social e intentar dar respuesta a cómo es que se da, qué la facilita, qué la reproduce, en qué condiciones y quién participa, es que se explica a la sociedad. La sociedad, desde esta perspectiva, es "todas las comunicaciones posibles" (cfr. Luhmann, 2002: 40), y eso desde nuestra



disciplina es una gran diferencia que, al conceptualizarla, hace la diferencia no sólo para abordar lo social sino también a la misma.

Esta serie de preguntas planteadas en el párrafo anterior serán abordadas en este texto a partir de diversos conceptos propuestos por la teoría: autorreferencia, sentido, observación, sistemas psíquicos, memoria, lenguaje. Todos ellos para acercarnos a nuestro objetivo principal: explicar la posición de la TGSS de Luhmann frente a la comunicación y su mutua relación.

I. Los sistemas autorreferentes

Ya en el nivel operativo el sistema de la sociedad se ve obligado a observar su comunicar y en este sentido a autoobservarse. Para eso, primero es suficiente observar su comunicar como acción, es decir, como si fuera un objeto determinado por sí mismo. A partir de allí se desarrolla la distinción autorreferencia/heterorreferencia.

(Luhmann, 2007: 697)

El concepto de autorreferencia es, probablemente, uno de los conceptos más importantes para entender a la comunicación como un sistema operativo clausurado. Es un concepto también que se explica a partir de las conclusiones generales en términos de comunicación humana, que planea la cibernética.

Con autorreferencia se explica el hecho de que no hay información alguna que entre a un sistema sin ser referida por la información que éste contiene previamente. Esta información le permite interpretar selectivamente los nuevos contenidos y realimentarse con aquello que pueda hacer operar, dejando fuera aquella información que considera competencia del entorno (heterorreferencia). Esta diferencia aplica en todos los niveles sistémicos: no hay sistema sin su entorno, uno determina al otro y viceversa, pero con la selectividad de este filtro y de manera contingente –el entorno no puede saber qué sucedió con la información al cruzar el “filtro”, en qué se convirtió y cómo será utilizada– es que el sistema se encuentra clausurado, en el sentido de que ninguna información que se introduce al sistema entra tal cual la produjo el entorno, el sistema genera siempre información nueva, adaptándola a su operación, por eso el entorno sólo irrita a los sistemas y los sistemas operan comunicacionalmente con sus propios referentes.

Para Luhmann existen tres tipos de sistemas autorreferentes: los sistemas biológicos, la vida que opera al autorreproducirse celularmente; los sistemas psíquicos



o la conciencia que opera con ideas; y los sistemas sociales que operan con comunicaciones. Nos centraremos en los dos últimos dado que son los sistemas que requieren un lenguaje y que, por consiguiente, hacen posible la comunicación.

El sistema psíquico, por ejemplo, contiene ideas que proporcionan elementos básicos del sentido. Dichos elementos permiten distinguir entre las irritaciones del entorno y cuáles de ellas han de re-entrar al sistema psíquico para continuar la generación de nuevas ideas, orientando además el rumbo de éstas. Todo aquello que percibimos y que posteriormente entendemos está mediado en gran parte por la información previa convertida en ideas orientadas a partir de distinciones. Estas distinciones son posibles porque los sistemas operan en el *médium* del sentido (cfr. Luhmann, 2007).

El sentido distingue a través de sus tres dimensiones (objetual, social, y temporal) qué ideas merecen o pueden irritar y qué no al sistema. Por ejemplo, para un veterinario los nuevos hallazgos sobre las enfermedades de las cobayas será información valiosa que valdrá la pena introducir al sistema psíquico, mientras que un antropólogo no estará interesado dado que no sabrá siquiera qué es una cobaya.³ Si la tuviera como mascota se interesaría por ella precisamente como “mascota” y no como un médico veterinario. El sentido es capaz de generar la distinción (mascota-objeto de estudio). Así operan de manera independiente y autorreferente los sistemas a través del sentido, se hacen de información que resulta útil a su sistema para seguirse reproduciendo. Como ya se ha mencionado, nada proveniente del exterior forma parte —como componente— del sistema. A partir de su propia autopoiesis, éste determina, primero, qué se introduce, y segundo, qué se hace con eso que se reintroduce.

Menudo problema es el enfrentarnos con la idea de que ambos sistemas (social y psíquico) se encuentran acoplados estructuralmente. Esto implica que su relación es permanente y se define en términos de todo o nada. Es tan categórico como decir que no es posible que uno exista sin el otro. No tiene sentido hablar de un sistema mal adaptado o en proceso de adaptación, pues el sistema está adaptado (acoplado estructuralmente) a su entorno y existe como sistema autopoietico, o no lo está y ni existe como tal. Con sistema autopoietico nos referimos a aquellos sistemas que en su operar producen aquello con lo que se reproducen. Por ejemplo, los sistemas psíquicos operan con ideas previamente establecidas en el sistema psíquico de cualquier persona, que le dan sentido o permiten la recodificación de aquellas ideas “nuevas” introducidas por irritación al sistema; es decir, sin las ideas

³ Pequeños mamíferos nativos de Sudamérica que son, actualmente, muy apreciados como mascotas.



(información) previas no se podrá observar y mucho menos comprender las de reciente introducción. Esto implica que toda información que se introduce al sistema requiere una operación previa a partir de las ideas constituyentes de la memoria, reconfigurándola. Estos sistemas se caracterizan, además, por considerarse autónomos o clausurados en su operación, y al mismo tiempo porque requieren mantener su relación de acoplamiento estructural con su entorno, es decir, con los otros sistemas (cfr. Maturana y Varela, 2003: 74).

En el caso de la comunicación, la clausura autorreferencial implica que ésta sólo puede enlazarse a la comunicación y los pensamientos, sólo entre ellos.

Sistemas sociales y sistemas psíquicos se componen de operaciones y estructuras: producen, por tanto, sus comunicaciones y acciones (operaciones y estructuras) a modo de normas, reglas, códigos, personas, etc. Las comunicaciones aparecen como generadoras de axiomas, mientras que a las estructuras las operan dichos axiomas en el mantenimiento de las fronteras o límites del sistema. De lo anterior se infiere la importancia del acoplamiento entre sistema psíquico y sistema social,⁴ dado que dicha operación evolutiva los une y, al mismo tiempo, los distingue. De ahí surge la operación constitutiva de la sociedad: la comunicación.

Desde el darwinismo se parte de la idea de una “selección natural” en el entorno, ahí mismo se deposita la garantía de la estabilidad. No todos los sistemas, sino únicamente los bien adaptados, se tienen por estables mientras el entorno no cambie. La función principal de la reestabilización no se toma en cuenta. Esto se modifica cuando se abandona el principio de la selección natural y las teorías de la evolución se reorientan hacia la coevolución de sistemas autopoieticos, acoplados estructuralmente. Entonces son los sistemas mismos los que deben procurarse su estabilidad para poder seguir participando de la evolución. Ahora se necesitan tres funciones o mecanismos evolutivos de los cuales variación y selección designan acontecimientos; mientras que función de reestabilización designa la autoorganización de los sistemas que evolucionan como requisito indispensable para que la variación y la selección sean posibles (Luhmann, 2007: 336).

⁴ El sistema biológico también se encuentra acoplado. No obstante su irritación respecto de los otros sistemas, no opera de manera comunicativa, por ello no lo abordaremos de manera directa.



2. El sentido

Para los sistemas de sentido, el mundo no es un mecanismo inmenso que produce estado de cosas a partir de otros estados de cosas, y que con ellos determina los propios sistemas. El mundo es más bien un potencial de cosas ilimitado; su información virtual que, no obstante, necesita de sistemas para generar información o, mejor dicho, para darle el sentido de información a ciertas irritaciones seleccionadas.

(Luhmann, 2007: 29)

Cuando nos preguntamos por las condiciones que hacen posible la comunicación, una de las interrogantes naturalmente formulada tiene que ver con aquellos elementos que juegan no sólo como medios de elección y orden, sino como condicionantes intrínsecos de una posibilidad operativa. La TGSS considera a éstos como sistemas de sentido. Éste hace posible su operación y la repercute, realimentándola. El sentido como categoría sistémica posee algunas características a considerar para dimensionar la contribución del concepto a la comprensión de la comunicación:

- a) La complejidad implícita en todo sistema autorreferente se debe en cierto modo a la relación ajustable entre una serie de posibilidades que, al ser seleccionadas, remiten a determinadas intenciones, a su vez seleccionadas de otro cúmulo de posibilidades anteriores que fueron orientadas y que, eventualmente, fueron estabilizadas. Dicha selección es posible a partir del *médium* del sentido: el mecanismo que hace posible que los sistemas reduzcan la complejidad y la orienten. Dicha orientación es capaz de definir aquello que será marcado en relación con objetivos o tematizaciones y aquello que, de momento, quedará fuera de lo marcado —no desechado sino en permanente potencia—. El sentido tiene la función de darle a la información el carácter de su condición. Decir, por ejemplo, que la sociedad es “todas las comunicaciones posibles” plantea desde una postura analítica una aseveración inasequible hasta que el sentido entra en juego marcando posibilidades al ajustarlas a un contexto temático y haciendo a estas informaciones lo suficientemente sorprendentes para ser observadas en vías de seleccionarlas y dar pie a una operación de comunicación.
- b) El sentido determina el carácter selectivo de la comunicación, representa la selección como condición previa y autorreferida. Dicha selección no está orientada por una postura axiológica o teleológica, sino por experiencias o vivencias marcadas como tales y entendidas como inventario activo de la memoria. El sentido tiene



la capacidad de actualizarse y reconstituir vivencias, acciones y comunicaciones cuando a éstas se les otorgó, valga la expresión, sentido.

- c) Si bien el sentido reduce la complejidad, es también portador de contingencia: orienta una selección y, al mismo tiempo, aporta la posibilidad de que esa selección fuera otra. La contingencia es aquello que es como es, pero que también podría ser de otra forma. Si esto no se diera, las selecciones no tendrían que hacerse con más información para dar el siguiente paso una nueva selección que realmente sucesivamente al sistema. Esta contingencia siempre es potencia, lo cual implica que todo es mediado por el sentido: lo aceptado y lo negado. Si no se dispusiera de sentido, no seríamos capaces de tomar decisiones congruentes, éstas serían locuaces y azarosas y ¿acaso valiera la pena tomarlas? El sentido es una capacidad del proceso cognitivo humano que implica negar posibilidades: por ejemplo, a partir de la palabra “no” es que se determina una ruta específica de selecciones llevadas a cabo por el sentido. La peculiaridad del médium del sentido es un correlato necesario de la clausura operativa de los sistemas con capacidad de distinguir (Luhmann, 2007: 27).
- d) El sentido está dimensionado por tres elementos: temporal, objetual y social. Desde el tiempo –referido al pasado, presente y futuro–, con esta dimensión queda expresado como una estrategia del presente en tanto pasado y futuro. Son construcciones que no existen más que como posibilidad, pero que orientan el actuar de los sistemas. Su dimensión objetual aparece en el sentido de diferenciación: “Un hombre lo es porque no es un auto”, “el amor es distinto cuando es amor de madre que de amante”. Finalmente, su semántica social o dimensión social queda referida a personas y construcciones sociales (prestigio, aceptación). Toda decisión tomada es mediada por estas tres dimensiones del sentido que operan como apoyo simbólico del decidir.

3. La observación

Esta es otra de las categorías sistémicas que contribuyen a que se haga posible la operación comunicativa. Observación y sentido se encuentran mutuamente referidos. Cuando en el apartado anterior se habla de las selecciones ejecutadas por el médium del sentido, se asume que, como resultado de dicha selección, surge de una operación nueva en la que se pueden distinguir diferencias específicas que dan lugar a la construcción simbólica de formas. Dichas distinciones específicas son observaciones. Esta construcción de formas siempre implica un “fondo”, es decir, al construir una forma se determina también lo que no está en ella. Con el abordaje de esta categoría no hay una referencia directa a “ver o a percibir” como lo ha-



ceamos a partir de los sentidos sino a hacerlo con sentido. La distinción específica entre: "amor de madre, amor a la vida, amor de pareja", son formas de observar determinadas por el lenguaje. La observación permite que los pensamientos se centren en algo específico y no en todo. La observación determina la primera distinción entre sistema y entorno.

Como ya se dijo, todo sistema posee una organización y una estructura (Maturana y Varela, 2003): la organización determina las relaciones que tienen que darse para que un objeto sea reconocido por sus características como parte de una clase de objetos, una silla tiene que tener patas y respaldo para serlo, aunque sabemos que hay un sinnúmero de tipos de sillas (de escritorio, de comedor, recibidor, de dentista, silla de ruedas). La estructura, por su parte, comprende no sólo las partes que hacen que algo pertenezca a una clase, sino las relaciones entre estas partes. A partir de la observación es que distinguimos lo que caracteriza a un objeto o sistema de otro. Una silla lo es por sus características y se diferencia claramente de un banco. Pero, para poder determinar las relaciones y diferencias entre estas partes del sistema se requiere una observación de segundo orden. Esta observación supera el empirismo de la observación de primer orden para preguntarse por las condiciones, representaciones, las alteraciones, funcionamiento, consecuencias, implicaciones, señalamientos y diferencias no sólo de lo observado sino las distinciones con las cuales la observación de primer orden distingue o señala algo. "[...] Todos los sistemas funcionales han sido convertidos operativamente a la observación de segundo orden, a la observación de observadores —observación que se refiere a la correspondiente perspectiva interna de cada sistema de la distinción sistema/entorno" (Luhmann, 2007: 113).

4. La comunicación

[...] "Todas las comunicaciones" significa que las comunicaciones tienen un efecto autopoietico en la medida en que su diferencia no hace ninguna diferencia. El hecho de que se comunica no es ninguna sorpresa para la sociedad y, por ende, no es información [...] entonces la sociedad se conforma a partir del plexo de aquellas operaciones que no hacen diferencia alguna en la medida en que hacen diferencia...

(Luhmann, 2007: 65)



Partamos de que toda comunicación está acoplada estructuralmente a la conciencia (sistema psíquico). Sin conciencia la comunicación es imposible y viceversa. La comunicación queda referida en cada operación de manera total a la conciencia tan sólo por el hecho de que únicamente ésta (y no la comunicación) cuenta con percepción sensorial, sin cuyas prestaciones no serían posibles ni las formas orales oral ni escritas de la comunicación (cfr. Luhmann, 2007: 75).

El modelo no pretende dar explicación alguna sobre la génesis, ya sea de la comunicación como tema o de cualquier otro sistema autorreferente, pues para el modelo no hay forma de establecer un comienzo, un origen o una fuente. El acoplamiento entre los sistemas mencionados se ha dado como condición ontológica. No hay así un emisor que la defina, no hay un grupo en el poder que la determine, la comunicación no es de nadie, nadie puede controlarla ni ubicarse un momento de surgimiento. Hay, sin duda, medios capaces de probabilizarla en el sentido de su aceptación; sin embargo, eso no garantiza ni el entendimiento ni la acción subsecuente.

Para Luhmann toda teoría de comunicación que intente explicarla, en principio, no debe ser normativa, es decir, debe preocuparse por describir los procesos de autoproducción primero, de la propia comunicación, y después, de la sociedad, sin contenido ideológico, reivindicativo o disciplinar.

Con el fin de entender dichos procesos de autoproducción, lo primero es dejar de pensarlos como un mecanismo por el que se transmite información, lo que implica que el mensaje y el sujeto que lo construye y/o lo transmite permanezcan inamovibles hasta que el mensaje sea devuelto por el interlocutor.

Para el autor la comunicación, en el sentido de la transmisión, es la herencia de la vieja filosofía europea (jerarquizada, unidireccional y causal) cuyo enfoque presenta a la conciencia como algo accesible a sujetos que participan en el sentido de una mente capaz de hacerse de ganancias cognitivas meramente por asimilación indistinta de la información del entorno. No obstante, todos sabemos que no podemos saber lo que el otro sabe, es decir, las conciencias se encuentran clausuradas, obtienen información del entorno y la reconstruyen internamente. Las conciencias (los sistemas psíquicos) son autopoiéticas y clausuradas operativamente hasta que deciden dar a conocer algo.

Dentro de su propia tradición, a la teoría de sistemas le resulta extravagante la tesis de la clausura del sistema; con la mirada puesta en la ley de entropía, se había constituido en teoría de los sistemas abiertos y, por tanto, neguentrónicos [...]. Por clausura no se entiende aislamiento termodinámico sino únicamente clausura operacional, es decir, las operaciones propias que se posibilitan recursivamente por los resultados de las operaciones propias (Luhmann, 2007: 68).



La crítica al concepto tradicional de comunicación basado en la metáfora de la transmisión implica:

- Que el que transmite, desde el momento en que lleva a cabo dicha acción, no sólo no se desprende de nada, sino que con el solo hecho de decirlo y al darle una intención (acto perlocucionario), ya se convierte él mismo en un receptor activo de lo que "se escucha decir". Es así que en tantas ocasiones inmediatamente después de haber dicho algo se busca corregirlo porque justo no se escuchó como habíamos pensado decirlo. Esto genera un excedente comunicativo no sólo porque el receptor se lo comunicara a alguien más, sin duda de distinta forma e intención, sino porque el mismo emisor se convierte en receptor activo de aquellos planteamientos expuestos. De hecho, como lo plantea Bateson (1965), el fenómeno de la comunicación consiste en la creación de un excedente comunicativo para los interesados. La comunicación, por tanto, posee un efecto multiplicador de la información, ya sea por su propia operación autopoiética o por su acoplamiento estructural con otros sistemas psíquicos.
- Que el modelo de transmisión asume la relativa facilidad de tener conocimientos sobre lo que piensan, saben o sienten aquellos que participan en el proceso. Suponemos que el otro ya sabe ciertas cosas, que su mundo de vida es o debe ser parecido o idéntico al nuestro. No hay nada más equívoco que esto, nosotros mismos cambiamos y pensamos distinto de un momento a otro.
- Que la metáfora de la transmisión se centra fundamentalmente en la emisión del mensaje, como si ahí estuvieran todas sus probabilidades. El emisor es el actor fundamental del proceso y en él recae el éxito o el fracaso de la comunicación. El receptor es, pues, un participante relativamente pasivo y el mensaje llega directa e idénticamente en la forma en la que fue transmitido, por tanto, debe ser recibido e interpretado de la misma manera.

Esta metáfora de la transmisión se valida significativamente hacia finales de los años cuarenta, cuando los ingenieros Shannon y Weaver (1948) diseñan, para la compañía telefónica Bell, un modelo de transmisión que todos conocemos y cuya intención era el desarrollo de un proceso técnico para enviar información. Dicho modelo ha tenido una influencia significativa hasta nuestros días para explicar la forma lineal de transmisión de datos y que fue retomado incluso por la teoría social.⁵

⁵ Recuérdese cómo Berlo (1990) aborda a la comunicación a partir de esta conceptualización, dándoles mayor visibilidad al receptor y su emisión.



Posteriormente, Norbert Wiener (1984) introduce a la teoría de la comunicación el concepto de retroalimentación o *feedback*, con el cual emerge la posibilidad de la recursividad. Con el concepto de retroalimentación negativa, cualquier información transmitida puede ser controlada en su efecto entrópico y corregida si surgiera cualquier desviación —como se hace con el timón de un barco, por ejemplo, al tener una ruta establecida—.

Por ejemplo, al manejar un ascensor, no basta abrir la puerta que da al corredor: las órdenes dadas deben coincidir a que el ascensor se encuentre allí cuando abrimos la puerta. El funcionamiento de apertura debe depender de que el ascensor esté en este piso; de lo contrario algo puede haberlo detenido y el pasajero caerá por el pozo. Esta regulación de una máquina de acuerdo con su funcionamiento real y no respecto a lo que se espera de ella se llama retroalimentación y presupone la existencia de sentidos que actúan mediante miembros motrices y que funcionan como elementos que registran una actividad. Estos mecanismos deben frenar la tendencia mecánica hacia la desorganización o, en otras palabras, deben producir una inversión temporal de la dirección normal de entropía (Wiener, 1984: 50, en Burtseva, Tyrsa y Flores Ríos).

Así se pasa de un proceso lineal de la primera cibernética (preocupada por el control para lograr un objetivo) a un proceso circular y redundante (se genera conocimiento y memoria), donde el emisor puede reaccionar ante determinadas desviaciones observadas en la respuesta del receptor. Tanto emisor como receptor comienzan a participar activamente en el proceso. Cuando la expectativa de comunicación coincide con el resultado de manera sistemática, se conforman estructuras (reglas, códigos, etc.) sobre las que opera la autopoiesis. En este mismo sentido, Magoroh Maruyama (1968) aporta la perspectiva de la retroalimentación positiva que conduce a modificar el curso de una comunicación (conversación, artículo, revisión, código), generando cambios o modificaciones en estructuras preestablecidas, mismas que en forma de nuevas selecciones de información darán cauce a la evolución sistémica, generando nuevas ideas o nuevas formas de hacer las cosas. Hoy día aceptamos el matrimonio entre personas del mismo sexo y que las mujeres salgan de sus hogares y participen en la vida productiva, esto sería el resultado de una operación evolutiva de entropías positivas.

Hemos venido abordado algunas categorías teóricas orientadas a configurar las condiciones y presupuestos que hacen posible la operación —base a partir de la cual los sistemas sociales operan—. Estas categorías, entre muchas otras, intentan explicar cómo y en qué condiciones es posible la comunicación. Como en cualquier otro análisis sistémico, vale observar desde la heterorreferencia a la autorreferencia,



o explicar lo que somos a partir de lo que no somos. El modelo de comunicación que sirve a la teoría de sistemas prioriza a la comunicación como improbable precisamente para aclarar las precondiciones que son necesarias para que esta improbabilidad se transforme en probabilidad. No se trata de cualquier supuesto y de cualquier condición, sino de aquellas de naturaleza social. De ahí que la pregunta: ¿qué fue antes el huevo o la gallina? Aplique de manera idéntica para la relación: sistemas psíquicos, comunicación, sociedad.

“Todas las comunicaciones” incluye además a la comunicación paradójica, es decir, la comunicación que niega decir lo que dice. Puede comunicarse paradójicamente y de ninguna manera “sin sentido” —es decir, de ninguna manera incomprensiblemente = *autopoieticamente* sin efectos. La comunicación paradójica funciona como *operación* aun cuando perturba al observador—, siendo ésta su intención pretendida (Luhmann, 2007: 65).

4.1 La operación de comunicación

¿Qué sucede, en realidad, en este proceso de selección? Luhmann menciona tres elementos que pueden ser seleccionados y que pueden seleccionar al mismo tiempo: toda la comunicación diferencia y sintetiza sus propios componentes, y por ello sólo podemos hablar de comunicación cuando estos tres elementos operan simultáneamente, de tal suerte que la comunicación no es más ni menos que una compleja síntesis de tres selecciones, éstas presentan una selección de posibilidades para la vivencia y para la acción. Habiendo incorporado como vivencia las atribuciones informativas, las comunicaciones en su procesar (no de manera consciente) se orientan por la vivencia y cumplen la función de dar a conocer mediante el cómo y el qué. Le hablaré a un niño, a un joven, a un gran conocedor del tema. La vivencia determina la acción simultánea de las formas y los medios de la acción.

- a) La selección de la información: ésta es producto de un sistema de observación de las operaciones. Se crea a través de la comunicación y nunca es algo que se obtiene de fuera. Para Bateson, *la información es la diferencia que hace la diferencia* (1979: 345), lo cual implica que la información siempre tiene que sorprendernos para así ser seleccionada y poder seleccionar entenderla.⁶ La información debe,

⁶ Por ello cuando Bateson habla de entropía negativa, habla de pérdida de información, porque son datos que se repiten, de manera incuestionable, y que, por eso, ya no nos sorprenden. Desde la cibernética eso es una pérdida de información, es una información sin gran “valor” comunicativo.



por tanto, ser designada como una distinción que informa sobre la diferencia, pero sólo a partir de la información de la que se dispone como resultado de operaciones previas. En una operación de comunicación la selección de la información implica la selección de datos emplazados simbólicamente que sean relevantes y elegibles, seleccionados por uno u otro de los participantes.

- b) Dar a conocer una expresión previamente seleccionada constituye el segundo elemento de la comunicación. La elocución es dicha selección y puede proceder de una forma u otra, condicionada por el sentido.
- c) La selección de entender –la comprensión– debe considerarse como una diferencia y solamente se puede hablar de una comunicación cuando se entiende la oferta comunicativa. Esto significa que sólo al entender con base en una previa estructura semántica la acción se convierte en punto de partida mínimo para subsecuentes comunicaciones (aceptación, rechazo, memoria, potencia). Por eso se prioriza el final (comprensión) y no la emisión. Si reconozco perfectamente la cara de desacuerdo de mi interlocutor y actúo en consecuencia, generando variaciones en el dar a conocer; su respuesta se convierte en la esperada, pues hubo mayor comprensión en el hecho de haber rectificado el proceso de emisión. La comprensión posee muchas caras, no necesariamente se da una relación directa entre el comprender y el actuar esperado. Puedo comprender que se debe ejercitar el cuerpo y parecerme que es cierto y apropiado, pero eso no significa que lo haga. En el concepto de comunicación no se llega por la recepción ni el rechazo ni otras reacciones sino por las opciones que las habilitan al momento de seleccionar información disponible.

Estas tres selecciones constituyen la operación sistémica del comunicar; no hay comunicación que no registre las tres. El resultado de esta operación no termina, se aplica a sí mismo una y otra vez, constituyendo eventualmente estructuras de sentido.

Para efectos del “éxito” en la comunicación debemos considerar otra selección: aquella orientada por la vivencia, determinada por la acción y auxiliada por los medios de comunicación simbólicamente generalizados. Para la autopoiesis de la comunicación es decisiva esta última selección –ya que se relaciona con el hecho de aceptarla y llevar a cabo la acción correspondiente, la acción esperada–. En primer lugar, sobre si se toma o se rechaza. La improbabilidad de que sucedan cualquiera de los dos, perfila y motiva su propia operación, una y otra vez, en la búsqueda de este objetivo constitutivo. Cabe mencionar que esto tiene poca relación con la comprensión. De hecho pueden ser sustancialmente contradictorias: *–acepto una comunicación y actúo en consecuencia, justo porque no entiendo cuáles serán las consecuencias propias de esa aceptación–*. No siempre se acepta una comunicación



porque se comprenda el mensaje. Muchas veces dicha aceptación resulta paradójica, como sucede con los actos de fe de cualquier religión: lo más aceptado, de lo menos comprendido.

Entender en sentido teórico-sistémico cómo distinguir la atribución entre información y darla a conocer tiene dos funciones: constituye, por un lado, ofertas comunicativas (o propuestas de selección) realizadas a manera retrospectiva, y, por otro, sirve para fijar estados del sistema de lo entendido. En la comunicación ordinaria nos es tan conocida y obvia esta distinción que ya no somos conscientes de ello.

En este mismo sentido, la comunicación implica siempre la distinción: autorreferencia/ heterorreferencia.⁷ Por eso, en cada acto se distingue entre la selección de información y la selección de darla-a-conocer. La información es heterorreferente en el sentido de que siempre se obtiene de fuera; la comunicación es autorreferente: se refiere a sí misma. En un siguiente momento darla a conocer implica que puede tematizarse a sí misma en virtud de las formas por las cuales la expresamos: es decir sobre lo que informa el hecho y el mecanismo por el que se da a conocer. La heterorreferencia y la autorreferencia, respectivamente, se distinguen porque la comunicación se vale de la primera para sustentarse a sí misma e incrementar su potencial en futuras elecciones. Basándonos únicamente en heterorreferencias, este hecho no se daría. No obstante que la distinción entre ambas se realiza en un mismo momento y, de manera conjunta, habilita el surgimiento de nuevas distinciones. Una información que no participara y un dar-a-conocer que no informara no serían observables, y no estarían disponibles comunicativamente. La consecuencia: cuando la comunicación en todos sus actos procesa la auto y la heterorreferencia no puede hacer otra cosa que comunicar sobre otra cosa que no es ella misma: "la realidad". La comunicación presenta siempre la opción de realidad, o radicalmente la construcción de la misma (*cfr.* Luhmann, 2007).

Para concretar, la comunicación es una operación de tipo propio y autónoma⁸ que recién se inicia con un proceso de selección de información y de dar a conocer para luego esperar la comprensión. Planteada así, la comunicación ya no es concebida como una operación que comienza u opera en la conciencia, por con-

⁷ Autorreferencia se plantea como la capacidad de procesar la información y de utilizarla para su reorientación.

⁸ Una vez que se plantea dar a conocer, la comunicación se independiza en su totalidad de la conciencia para convertirse en un sistema autopoiético y clausurado. Una vez que hemos dicho algo no importa lo que hagamos, no podemos regresar las palabras, ya son parte de la operación de comunicación.



siguiente, las personas que participan en un proceso comunicativo son parte de la “caja negra”, o debiéramos decir opaca si acaso se observan observando;⁹ ya no hay ningún modelo de la intersubjetividad que redunde en entendimiento entre sujetos capaces de observar lo que piensan, penetrando en la transparencia entre unos y otros, entendiendo sus subjetividades y generando planeación a partir de ellas. La comunicación es una operación independiente: una vez operando, ya no tiene relación momentánea con los interlocutores que intervinieron, ya está dada... no hay nada que pueda hacerse.

4.2 Comunicación y conciencia

La relación entre comunicación y conciencia es fundamental para explicar que, desde esta perspectiva teórica, no hay sistemas sociales compuestos por personas. Éste es uno de los principios teóricos más importantes de esta aportación, ya que nos permiten comprender cómo es posible la comunicación. La familia como sistema interaccional, por ejemplo, no está compuesta por personas. Cada familia se encuentra integrada y diferenciada por sus operaciones de comunicación. Hasta los elementos más concretos que la componen, como es su número de integrantes, no es más que un referente simbólico que nada tiene que ver con su operación hasta que estos integrantes comunican al sistema social “familia” sus pensamientos y decisiones y la hacen operar como tal. Las “personas”, en este sentido, no son individuos ni sujetos y tampoco son sistemas. Son resultado de una operación comunicacional propia que, al autorreproducirse, estructura atribuciones referenciales que se fijan en relación con individuos y lo que puede esperarse de ellos en razón de la experiencia comunicativa adquirida. Se trata de: “[...] limitaciones atribuidas individualmente de posibilidades de comportamiento” (Luhmann, 1995: 148) en tanto sus tematizaciones: médico, profesor de física, jefe, subordinado, violinista (el violinista también puede ser médico y según su operación de comunicación ser uno u otro y además padre de familia). Socialmente operan personas como provisiones de temas para la comunicación según las funciones de las mismas.

De modo que una madre es una madre y no una amiga, y del concepto mismo surgen expectativas informativas de comportamiento que integran sentido a toda la síntesis de comunicación. Cuando generosamente alguna persona nos da un consejo, la atribución de significados derivada de ese consejo está integrada

⁹ A los sistemas psíquicos que son observados por otros sistemas psíquicos o por sistemas sociales les llamaremos personas en tanto tematizan la comunicación dependiendo del sistema en el que se encuentren interactuando. Es la cara de los sistemas psíquicos (Luhmann, 1984: 155).



también por el contenido simbólico tanto coyuntural como estructural. Si uno de los nueve hijos integrantes de una familia muriese, la familia no dejaría de serlo, no como elemento social. Lo mismo sucede con la sociedad; Aristóteles ha muerto, no obstante se siguen leyendo y discutiendo los tratados de lógica porque Aristóteles, no cualquiera, es una estructura comunicativa social.

Los sistemas sociales y los sistemas psíquicos (la conciencia) llevan a cabo sus funciones de manera separada tanto organizativa como estructuralmente. El factor organizativo determina en principio al sistema en tanto da cuenta de la forma de procesar (observar y resignificar) los insumos informativos allegados del entorno como resultado de un operar comunicacional, entendiendo que dicho orden se logra sólo en y con la participación de ideas y memoria previamente concebida. La estructura del sistema determina esquemas de selección que permiten recursivamente confirmar una y otra vez un producto sígnico, esto concede condensar identidades (cfr. Luhmann 2007), lo cual tiene que ver con la capacidad del sistema de construir, por ejemplo, roles como producto comunicacional de la sociedad, o carácter como producto del sistema psíquico. La cultura, por ejemplo, sería un estructura dada a partir de comunicaciones y/o acciones recursivas que, al reintegrar comunicacionalmente productos lingüísticos (Dios, ideas sobre la mujer o el hombre, los roles, la muerte), y al ser éstos funcionales al contestar o dar forma a preguntas o problemas sociales, producen semánticas que logran sedimentarse a partir de procesos de *feedback* negativo (cfr. Wiener, 1948)¹⁰ —dado que se pierde información al convertirse ésta en redundante y o modificable para regresar a su curso normal o hacia procesos de entropía positiva, al producirse cuestionamientos y, por tanto, evoluciones o cambios sociales—.

En la comunicación este *feedback* conduce a cambiar el curso de una conversación a pesar de que con esto se desvíe de lo que cada uno de los interlocutores había planificado (cfr. Maruyama, 1968).¹¹ Si se le piensa en un sistema social, este *feedback* desviaría de manera paulatina o revolucionaria las ideas sobre Dios, los roles sociales, las preferencias sexuales, etc., por citar algunos ejemplos. Ambas

¹⁰ Con el concepto de *feedback* negativo emerge la posibilidad de que cualquier información transmitida puede ser controlada en su efecto entrópico y, por tanto, corregida en caso de sufrir alguna desviación. A partir de este enfoque la comunicación, desde la cibernética, deja de ser entendida como un proceso lineal, para pasar a ser concebida como un proceso circular o circular de segundo orden en caso de una entropía positiva.

¹¹ Maruyama distingue dos tipos de procesos en las dinámicas generales de comunicación: la morfostasis, que permite que los *feedbacks* negativos mantengan sin mayores alteraciones la forma; y la morfogénesis vinculada con el *feedback* positivo, lo que alude a procesos que llevan a cambiar la forma.



operaciones tienen lugar en las dinámicas comunicativas, creando así estructuras, memoria y evolución. Cuando esto deja de suceder se produce un fin puesto de manera interna o externa: la autopoiesis termina simplemente cuando ya no se produce comunicación.

Los sistemas psíquicos o la conciencia, por su parte, operan con ideas basadas en representaciones o percepciones. Se puede pensar con los pensamientos propios sobre los pensamientos de otros, pero, finalmente, éstos son siempre mis pensamientos que sólo puedo procesar con mis pensamientos. Los sistemas psíquicos producen sus pensamientos, representaciones, sentimientos, percepciones y estructuras que enlazan las operaciones mediante los pensamientos y las estructuras previamente construidas: ésta es precisamente la autopoiesis.

Si ambos sistemas (conciencia y sociedad) no operaran clausuradamente y de manera separada, ambos debieran superar exigencias desmedidas lanzadas por sus respectivos entornos, ninguno es un anexo del otro. Los sistemas sociales por ejemplo, se tendrían que ocupar de todo lo que de pensamientos y percepciones se les presentaran (pensemos en el fanatismo religioso), y los sistemas psíquicos entrarían en una vorágine de recolección informativa imposible de procesar —la comunicación fracasaría—.

Precisamente en este sentido también la clausura operativa del sistema-de-comunicación-sociedad corresponde al hecho de que surgen organismos móviles provistos de sistemas nerviosos y, finalmente, de conciencia. La sociedad refuerza —precisamente al tolerarla— la multiplicidad descoordinada de las perspectivas de cada uno de estos sistemas de intranquilidad endógena (Luhmann, 2007: 68).

Si los sistemas psíquicos son sistemas autopoieticos¹² y clausurados operativamente, es decir, no son transparentes: ¿cómo es que se da la comunicación? ¿Quién dice qué y para qué? Y peor aún, ¿cómo es que recibe una respuesta?, ¿cómo es que se penetran? Tradicionalmente ubicando a la comunicación desde la inmediatez de los sistemas interaccionales, es decir, de la comunicación en la co-presencia. Se pensaría que la sociedad es un gran costal de personal hablando por doquier donde la comunicación se presenta como algo natural y obvio. Las personas sabemos lo que decimos, suponemos saber lo que el otro quiere —sin duda “algo muy parecido

¹² Concepto acuñado por Maturana y Valera (1973), basado en el concepto de autorreferencia, abordado en la introducción.



a lo que nosotros esperaríamos”—; sin embargo, la realidad es que ni los sistemas psíquicos ni los sistemas sociales son transparentes entre ellos ni para sí mismos: no saben lo que hacen, no pueden autoobservarse, se requiere de otros que los observen. La consecuencia es: sólo la comunicación puede comunicar. Luhmann menciona para esta afirmación el argumento de la no-transparencia de la conciencia. La comunicación sólo puede enlazarse a la comunicación y no a la conciencia (cfr. Luhmann, 2007).

4.3 La memoria

El hecho de plantear a la comunicación como la síntesis de selecciones implica una opción momentánea de observaciones: la observación ya no es exclusiva de un sistema psíquico, sino un procedimiento abstracto. Por medio de su capacidad de observación, la comunicación puede ser considerada como una operación llena de eventos u opciones en las que momentáneamente se toman las decisiones sobre lo que ha sido comunicado. Las decisiones no tomadas permanecen en el sistema como memoria y siempre se encuentran listas para ser observadas o actualizadas. La elección sobre de “qué lado” de la observación debe ser marcado es una decisión basada en la contingencia, lo que no significa que la comunicación se lleve a cabo desde un punto de vista puramente arbitrario o caótico. La contingencia implica que tanto lo posible como lo “real” son respectivamente tematizados en el plano de una distinción: —algo es contingente en la medida en que no es necesario ni imposible, sino que es simplemente lo que es (o fue, o será), aunque también podría ser de otra manera (Luhmann, 1995: 106)—. La memoria supone implicaciones de gran envergadura, la principal de ellas es evitar que el sistema se colapse ante un excedente informativo; ésta determina qué se mantiene y qué se olvida, con el fin de procesar información y dar cabida a nuevos “gatillamientos” (cfr. Luhmann, 2007: 457). La memoria también diseña marcos referenciales, es decir, estabiliza referencias que constituyen estructuras: como la cultura o la moral, permite la construcción de marcos de sentido y aplicación que contribuyen a un posterior entendimiento. Pragmáticamente se puede ser leal como se plazca; sin embargo, todos sabemos la implicación del término, lo que sugiere y lo que se espera de las acciones derivadas de él. Sin estos consensos acogidos por la memoria (no tenemos que explicarle a las personas que es lealtad cada vez que hablamos de ella) no habría sentidos compartidos ni patrimonio simbólico con el cual operaran los sistemas.

Aquí no debe hablarse de memoria en el sentido de un posible regreso al pasado, ni tampoco en el sentido de un almacén de datos o informaciones a las cuales puede recurrirse cuando surge la demanda; más bien se trata de una función que



se utiliza de manera incesante —aunque siempre en el presente—, que verifica la consistencia de todas las operaciones que suceden en vista de lo que el sistema construye como realidad (Luhmann, 2007: 457).

5. La improbabilidad de la comunicación

Paradójico es sin duda el hecho teórico de la improbabilidad de la comunicación. Si la sociedad son “todas las comunicaciones posibles” si, de manera empírica, suponemos que siempre comunicamos y que lo hacemos bien; si escribimos, leemos, conversamos todo el tiempo; si la comunicación es algo tan cotidiano y tan “conocido”, ¿cómo es que es improbable? En principio es importante aclarar que no es azarosa, es decir, supone una intención, la búsqueda de un resultado (una acción, por ejemplo, una selección decisional en ocasiones inconsciente y en ocasiones consciente como en el caso de las organizaciones). Es improbable ante la contingencia de los involucrados: sistema y comunicación como ya lo dijimos no pueden verse, no son transparentes. No puedo saber cómo es que el otro va decidir entender; de hecho ni el mismo lo sabe.

El explorador español Francisco Fernández de Córdoba desembarcó en 1517 en una península a la que llamó Yucatán porque los nativos pronunciaban dicha palabra cuando él les preguntaba el nombre de la costa donde había desembarcado. En realidad, Yucatán quiere decir en maya “no entiendo” (*El País*, archivo. 9 de julio de 2006, el arte del malentendido).

Dicha contingencia ya de por sí instalada en el sistema (tanto en su estructura como en la organización) se hace más evidente en el operar comunicativo: caracteriza cada selección. La selección de la información es contingente porque es así pero podría también ser diferente... y así con cada componente (información/darla-a-conocer/entenderla), pues los tres, tomados en sí mismos, son todo lo contrario a algo obvio. Sin embargo, sólo cuando se produce un acomodo entre dos contingencias (dado que ambos involucrados decidieron participar comunicativamente ahí y no en otro lado) hablamos de comunicación.

Ante esta perspectiva cabría preguntarse, ¿cómo es que la sociedad está constituida por algo tan improbable?, ¿cómo es que una comunicación se encadena a otra hasta operar sistémicamente?, y ¿para qué es que decido poner atención, entender, aceptar una orden y actuar en consecuencia? La comunicación opera con la motivación de la autoproabilización, al asombrarse por nueva información provista por



otro sistema. En un esfuerzo constante por revertir la contingencia del otro, por lograr objetivos, en esa búsqueda se genera nueva información, nuevos objetivos, nuevos retos, nueva comunicación.

“Todas las comunicaciones” significa que las comunicaciones tienen un efecto autopoietico en la medida en que su diferencia no hace ninguna diferencia. El hecho de que se comunica no es ninguna sorpresa para la sociedad y, por ende, no es información [...] Por otra parte, la comunicación es justamente actualizar información. Entonces la sociedad se conforma a partir del plexo de aquellas operaciones que no hacen diferencia alguna en la medida en que hacen la diferencia (Luhmann, 2007: 65).

Luhmann parte de tres estadios de improbabilidad de la comunicación, de límites que deben sobrepasarse para que, con ello, se logre que la comunicación se reproduzca:

- La improbabilidad de que el otro entienda: entender lo dado a conocer; más aún: decidir entender. Porque cuando se decide entender surge una disposición probabilizadora que puede llegar más allá de las expectativas planteadas (¿desde dónde me lo dice?, ¿para qué? —está irritado, él no suele ser así, o “con esa cara tierna ya sé tus intenciones”—. ¿Cómo probabilizar que el otro entienda?, entendiendo que no sabremos lo que entenderá, dada la clausura de los sistemas psíquicos). Sin duda la selección de la información (incluso el hacerte de ella) no sólo en el sentido del contenido sino de las posibilidades de entendimiento y las selecciones del sistema objeto de mi intención. Sin embargo, hasta en las condiciones aparentemente más obvias y elementales mediadas por el lenguaje se encuentra la improbabilidad.
- La improbabilidad de llegar más allá de los presentes: una vez que se superan las fronteras de los sistemas interaccionales —es decir, la comunicación cara a cara, la co-presencia física y la percepción— se buscan estrategias que probabilicen el hecho de encontrar y llegar a interlocutores distantes no sólo en espacio, también en el tiempo (la preservación de leyendas vía códigos, liturgias o textos sagrados son ejemplos primarios de estas estrategias). Una vez que las sociedades crecieron y se hicieron más complejas y diferenciadas, se desarrolló la escritura. Hoy en día se vive la globalización; ésta requiere de los medios masivos, medios electrónicos, recursos de la era de la información. Se permanece conectado al internet, intercambiando ideas con personas de otras nacionalidades; se ha consensado un idioma más o menos generalizado para entenderse en todos los rincones del planeta. Se habla de grandes temas por su extensión y cobertura. Las ofertas y las demandas de comunicación alcanzan cada vez a más personas.



Sin embargo, al probabilizar esta comunicación, paradójicamente se reduce la capacidad del entendimiento. La comunicación cara a cara se ayuda de la metacomunicación: requiere un vocabulario acotado, se sirve de la verificación inmediata, requiere poca sintáctica y gramática (veo en tu cara que no me expliques, ¿verdad?). Para llegar más allá de los presentes, se necesita un lenguaje más especializado que evite, en la medida de lo posible, disonancias y confusiones; requiere reglas de mayor complejidad y a la vez más claridad. Salvar una improbabilidad nos lleva a acrecentar otra.

Perdón imposible: Es la historia que cuenta que a falta de unos minutos para la ejecución de un reo en la silla eléctrica, se detuvo al verdadero culpable. Se envió un telegrama a toda velocidad para detener la inminente ejecución. El juez dictó: "Indulto. Imposible ejecución inmediata". Pero el [...] que redactó el telegrama, ignorante de las más elementales reglas de puntuación, escribió: "Indulto imposible. Ejecución inmediata". Ese pequeño punto, movido de lugar, constituyó un malentendido que supuso la vida al inocente (*El País*, 2006).

- La improbabilidad de que el otro acepte la comunicación: no hay comunicación sin intención. Nadie dice cosas sólo por decirlas. Todos buscamos algo al seleccionar la comunicación y al seleccionar dar a conocer. Siempre se espera que la operación que recién inicia con la selección de información, termine con una acción determinada como manifestación del éxito comunicativo, siempre y cuando dicha acción empate con los objetivos considerados al llevar a cabo las dos primeras selecciones. "Lo anterior quiere decir que la comunicación enlaza la oferta de selección para que se acepte y no se rechace" (*cfr.* Luhmann, 1994).

Estos "problemas" (en tanto, relativamente fuera de control) de comunicación no se encuentran aislados entre sí, sino que paradójicamente se refuerzan mutuamente. Por lo general "el entender" implica una co-presencia física que permite apoyos de comunicación como la percepción del otro, que me da indicios sobre una falta de comprensión, una posibilidad de modificar el enunciado, la forma o el contenido y aclarar lo expuesto. Sin embargo, al superar esta primera improbabilidad habrá, incluso, una mayor posibilidad de que la aceptación sea rechazada. Entre más elementos se tenga (vía el entendimiento) para decidir, la oferta de comunicación tendrá que ser más atractiva. También cuando las ofertas de comunicación se presentan en un círculo más grande, más allá del marco de la interacción, esto no significa que deban entenderse o aceptarse, entre otras cosas porque tenemos menos elementos para reconfigurar la propuesta ante la ausencia de percepción del receptor.



5.1 Los medios de comunicación simbólicamente generalizados

Los medios simbólicamente generalizados transforman de manera asombrosa las probabilidades del “no” en probabilidades del “sí”. [...] son simbólicos en cuanto que usan la comunicación para producir el acuerdo que de por sí es improbable. Pero son, al mismo tiempo, diabólicos en cuanto que al realizar este cometido producen nuevas diferencias.

(Luhmann, 2007: 248)

A las disposiciones sociales que procesan o probabilizan la improbabilidad de la comunicación en todos sus puntos Luhmann las llama “medios” (*cfr.* Luhmann, 2007). “Son mecanismos [...] autónomos en relación directa con el problema de la improbabilidad de la comunicación, aunque presupone la codificación sí/no del lenguaje y se hacen cargo de la función de hacer esperable la aceptación de una comunicación en aquellos casos donde el rechazo es lo probable” (Luhmann, 2007: 245).

Los medios de comunicación tienen funciones específicas movibles y adaptables según las necesidades o las estrategias basadas en la improbabilidad para que la oferta de comunicación sea aceptada y se logren los objetivos del sistema. Para el caso de la incomprensión, nos hacemos del lenguaje. Este sistema en sí mismo opera de manera compleja, es el medio esencial de la comunicación. Sin lenguaje los sistemas no se comunican, y tampoco los sistemas psíquicos construyen ideas; sin lenguaje no se conoce, no se decodifica. La selección entre información y dar a conocer se pregunta por elementos empíricos (no por eso menos importantes) del lenguaje: ¿Qué palabras usar? ¿Cómo pueden ser interpretadas?, el lenguaje de la metacomunicación —se lo digo a gritos o en voz baja, o simplemente callo—. Sin embargo, el lenguaje es, sin duda, el medio por excelencia por el cual sistemas psíquicos y sociales pueden acoplarse. Sin el lenguaje esto sería imposible: media, irrita, vincula, actualiza, en resumen: probabiliza el entendimiento.

Llegar más allá de los presentes requiere extensiones, la escritura como una extensión de la oralidad, y la imprenta como amplificación de esta última. Los medios masivos de comunicación son una extensión de la presencia física y, sobre todo, del círculo de receptores. Los medios de difusión transforman la información en redundancia (Luhmann, 2007), no se obtiene nada nuevo, pero dicha redundancia genera estructuras semánticas, afirmaciones lingüísticas que se estabilizan y generalizan comunicaciones: “La redundancia hace que la información se exceda. Puede usarse para afirmar la pertenencia social: se narra algo conocido para documentar la solidaridad” (Luhmann, 2007: 155).



De la solidaridad a la toma de la ciudad. Los temblores del 19 y 20 de septiembre de 1985 destruyeron la zona central del Distrito Federal. El gobierno de Miguel de la Madrid se paralizó ante la tragedia. En contraste, la respuesta masiva para ayudar a los afectados fue casi inmediata. Frente a la incompetencia del gobierno, sin un plan previo, la gente se organiza y se hace cargo de responder a la emergencia. Por unos días los ciudadanos toman el control de la ciudad, en lo que fue uno de los capítulos más hermosos y excepcionales de nuestra historia (*La Jornada*, 2005).

Los medios de difusión, además, alejan emisores y receptores, no hay forma de verificación dada la cantidad de participantes, y por supuesto tampoco hay manera de saber qué se produjo con esa comunicación: si el gobierno reaccionó ante la información generada o si sólo era cuestión de tiempo para que lo hiciera; o si la ciudadanía comprendió que el gobierno estaba superado por las circunstancias; o si las personas salieron a la calle ante un impulso de ayuda o morbo. Nadie se cuestiona tampoco que los ciudadanos hayan tomado el control. Emergen metáforas tan generalizadas e inciertas que pierden sentido; los contenidos se aligeran y se pierden en el tiempo.

La motivación es el impulso que, previas comparaciones entre un antes y un después (tener/no tener; por ejemplo), provoca la aceptación o rechazo de una comunicación. Los medios de consecución son ejecutantes de dicha motivación que se entenderá como la razón simbólica que cuenta con la capacidad de satisfacer necesidades estructurales o coyunturales de los diversos sistemas. Es decir, todo aquello que ha sido construido como una necesidad (forma) ha sido pensado en relación con su satisfactor (medio). Al buscar probabilizar la aceptación de una comunicación tengo que hacer visible lo que se obtendrá a cambio, de tal suerte que se pueda condicionar la respuesta. Que el otro acepte la comunicación es, sin duda, la improbabilidad más compleja. Aclaramos en el apartado anterior cómo el fin último de la operación de comunicación es lograr los objetivos del sistema. Para eso se requiere la aceptación de la comunicación que suele verificarse vía las acciones esperadas (“porque te puedo decir que sí, ... pero no decirte cuándo”). Los medios de comunicación simbólicamente generalizados justo logran que la comunicación eleve sus expectativas de aceptación dependiendo de su ámbito de acción. El dinero, el poder, la verdad, el amor, la fe, el arte, entre otros, incluyendo los sustitutos funcionales (la identidad, el liderazgo), son capaces de generalizar y descomplejizar las motivaciones; es decir, se encuentran tan institucionalizados que ya nadie se pregunta por ellos y por su gestión en nuestras “debidas acciones”. “Estos medios de consecución se vuelven tan prominentes en la autodescripción cultural de la sociedad que ya no se recolectará información acerca de cuánta comunicación no se obedece o simplemente se olvida” (Luhmann, 2007: 156). Por eso trabajamos para



que nos paguen, regalamos flores para que nos quieran, creemos en Dios para que “se me resuelvan mis problemas”, investigamos para encontrar la verdad.

Pero, ¿cómo es posible que estos medios probabilicen la comunicación? A partir de medios lingüísticos que operan como estructuras binarias consensuadas que delimitan y enmarcan reglas de comunicación. La ciencia como sistema de comunicación, por ejemplo, opera con el código binario verdad/no verdad, y todo aquello que se encuentre comunicativamente fuera de este marco codificado ya no es parte de este sistema sino de otro. La ciencia como sistema social orienta todas sus operaciones de comunicación a partir y sólo dentro de este marco de codificación simbólica: publicaciones, revisión por pares, citación. Todo está determinado exhaustivamente por dicho parámetro. De igual forma es que no es posible pagarle a alguien porque te ame. El pago es un medio de comunicación simbólicamente generalizado que opera en el sistema de la economía y sólo ahí se constituye en motivador para aceptar o no determinada comunicación. Establecer dichas preferencias (o no) por un valor permite que se tematizen determinadas comunicaciones y, en consecuencia, se definan los medios de comunicación simbólicamente generalizados a utilizar; de modo que cuando hablamos de aceptar la comunicación vamos más allá del sí y del no (como en el caso del lenguaje), para crear con ellos códigos de alta complejidad que dan origen, incluso, a organizaciones encargadas de su cuidado y operación: el matrimonio, la iglesia, el gobierno, el curador...

Aun cuando el código lingüístico brinda a la aceptación y al rechazo de una propuesta de sentido la misma oportunidad de hacerse entender, se puede partir del hecho de que una propuesta de sentido aceptada tiene más posibilidad de repetirse que una rechazada. La comunicación registra el éxito y lo recuerda si la repetición contribuye de manera decisiva. A esto se agrega que una propuesta de sentido aceptada ofrece mejores perspectivas de generalización [...] acto seguido, todas las comunicaciones que allí se enlacen deben transferirla a otro contexto y adaptarla de manera apropiada (Luhmann, 2007: 246).

6. Lenguaje y acoplamiento estructural

El médium fundamental de comunicación —el que garantiza la regular y continua autopoiesis de la sociedad— es el lenguaje. Sin lugar a dudas existe comunicación sin lenguaje [...] verbigracia en el trato con las cosas, aunque no se llame comunicación.

(Luhmann, 2007: 157 y 158)



Nos centraremos en el concepto del lenguaje como medio probabilizador de la comunicación: por un lado por cuestiones de espacio y, por el otro, porque éste será el medio que, acoplado estructuralmente a las personas, hará posible la operación de los otros medios. Si para que se acepte la comunicación el amor es un medio de comunicación simbólicamente generalizado^f, habrá que plantearse que tanto *ego* como *alter* comprendan más o menos de la misma manera el amor —como ejemplo— en su dimensión pragmática.

[...] la pragmática presupone tanto la sintaxis como la semántica, así como esta última presupone a su vez a la anterior, puesto que tratar adecuadamente la relación de los signos con sus intérpretes requiere tener conocimiento de la relación de los signos entre sí y con aquellas cosas a las que remiten o refieren a sus intérpretes. Los elementos exclusivos dentro de la pragmática estarían presentes en aquellos términos que, a pesar de no ser estrictamente semióticos, no pueden definirse en la sintaxis o en la semántica (Morris, 1985: 73).

El concepto de acoplamiento estructural aparece como la operación que se da entre sistemas o sistemas y su entorno, que permite conservar su mutua adaptación a partir de perturbaciones recíprocas. El lenguaje es el medio que hace posible dichas perturbaciones. Sólo cuando se comunica lingüísticamente aparece la comunicación porque para eso es condición ontológica: para que se dé la diferencia entre información y dar a conocer. Se rechazará la idea de que el lenguaje se presenta como un elemento de la conciencia o que surge a partir de los elementos del sistema psíquico. El lenguaje ya no está ubicado en el dominio de la psique como una realidad que puede representar las relaciones externas de la lengua, sino que más bien promueve la comunicación como un traductor.

Definir el lenguaje como comunicación tampoco es apropiado. Es un medio para hacer comunicable la vivencia, pero nunca será la vivencia misma. En este sentido, Francisco Valera (1990) desarrolló el concepto de *enacción* al hacer referencia a la cognición corporizada y no a la representación, la cual supone una relación separada entre sujeto y objeto mismos que se vinculan por la capacidad del sujeto de representarse internamente al objeto y de proyectarlo (vía el lenguaje) hacia su exterior. Varela postula que sujeto y objeto quedan entretreídos en el acto creativo de conocer. Por tanto, como lo plantearan los pragmatistas, no existe verdad última ni objetiva ni absoluta (*cfr.* Peirce, 1978) representada o expresada por el lenguaje, sino más bien una verdad en constante transformación. El lenguaje es el operador y movilizador de dicha verdad. Es un medio que apoya la interpenetración de los sistemas sociales y psíquicos, ya que su función, como lo hemos visto, consiste principalmente en ampliar posibilidades comunicativas: el sistema de comunicación



tiene una amplia capacidad de distinción junto con una bien dirigida conectividad lingüística (Luhmann, 1993: 47). El lenguaje puede optimizar la síntesis de la selección-información, el dar a conocer, y entenderla, de tal suerte que hace posible la autopoiesis del sistema de comunicación y propia.

Para ello es necesaria la externalidad mutua de un sistema a otro como constitutivo de la condicionalidad de cada uno. El sistema de comunicación se basa en una cadena de eventos comunicativos que debe ser alimentado permanentemente con nuevos elementos; los elementos innovadores procedentes de fuera del sistema que son necesarios para la preservación del mismo no pueden tomar forma sin el sistema de referencia: el lenguaje.

Es así que para entender la relación entre sistema psíquico y sistema social en términos de acoplamiento estructural debemos tomar en cuenta ciertas características que tiene el lenguaje y que lo hacen tan operativo.

- El lenguaje tiene la capacidad de cautivar. No es que se considere un elemento interno del sistema, sino más bien un medio a través del cual estos sistemas pueden estar conectados. Constituye una coyuntura entre la conciencia y la comunicación que sirve como un catalizador para cada uno de los sistemas que utilizan las operaciones de los demás para su propio desarrollo. El lenguaje puede cautivar a la conciencia, y de la misma forma la comunicación lingüística puede cautivar a la conciencia para participar en ella de manera tal que permita que el sentido se mueva libremente sin tener que pensar repetidamente en qué hacer para que la gente preste atención a lo que sucede en la comunicación.
- El lenguaje trasciende cada comunicación particular. Es capaz de producir operaciones sinérgicas y seriadas abriendo un sinfín de posibilidades de conexión entre sucesos comunicativos.
- No es posible conectar directamente a la comunicación con la percepción. Se requiere el lenguaje: el lenguaje puede estimular e irritar a la conciencia en tanto que hace visibles (asequibles) los objetos de percepción (Luhmann, 1993: 48). Dichos objetos pueden irritar a la conciencia a través de las palabras que cumplen con criterios especiales: no podrán presentar cualquier similitud con otros objetos perceptibles (cosas, sonidos, imágenes, etc.). Las palabras deben ser específicamente constituidas para que no se reduzca el mundo de la percepción, lo que también significa que sus características deben ser conservadas para seguir siendo aprovechadas, al menos en una suerte de estructura lingüística. Las palabras deben cumplir, además, otros criterios: los artefactos perceptibles de la lengua no sólo deben cautivar, también deben activar la imaginación en formas controlables (Luhmann, 2007: 49).



Por otro lado, el lenguaje también puede y debe optimizar a la comunicación al permitir que, con base en una amplia capacidad para hacer distinciones, sus selecciones sean más exitosas. El lenguaje es el que obliga y ejecuta el paso de la información y el dar a conocer.

Sin embargo, lo interesante es el papel que juega el lenguaje: puede hacer la comunicación más precisa, no en términos de intencionalidad, sino como un evento selectivo que favorece la operación comunicativa. Una expresión lingüística es más compleja y contiene más información que un gesto. Siempre que atraiga la atención de la conciencia, la comunicación puede lograr una mayor libertad, es decir, que adquiere un potencial de posibilidades de incrementar o reducir sus propias posibilidades; la libertad debe ser entendida aquí en el contexto de la teoría de la observación: la libertad, independencia. Cada vez que la conciencia es cautivada por la comunicación, ésta puede determinar sus posibilidades en su propio camino.

Reflexiones finales

La comunicación es una operación tan naturalizada que presenta grandes paradojas operativas y de análisis. Las primeras consisten en que no puede ser observada por su propia observación, requiere una observación de segundo orden que caracterice y explique sus especificidades. Por eso responder a preguntas relativas a su surgimiento, a su reproducción, a las condiciones, a los participantes, a sus relaciones desde la TGSS, nos han invitado a abordar conceptos que, desde esta perspectiva, si no explican a la comunicación desde sí misma, se explican unos a otros, la explican como sistema, y a su participación en la conformación de sistemas y la relación entre ellos. Acotar ha requerido seleccionar sólo algunos conceptos. Éstos no lo explican todo... todo no lo explica todo.

Vale la pena plantear que la comunicación como sistema autorreferencial de producción de comunicación se observa aplicando también el modelo sistémico. Así el sistema opera de la misma manera que los sistemas que reproduce. Mantiene una organización caracterizada fundamentalmente por su capacidad autopoietica y de acoplamiento estructural con su entorno y otros sistemas (psíquico), así como por llevar a cabo todas estas funciones en el "medio" del sentido. A la estructura la producen los resultados de la operación medida por dicho sentido: observación, lenguaje, observaciones, irritaciones, selecciones; siempre variada e improbable.

La operación sistémica y acoplada estructuralmente de los conceptos abordados: autorreferencia, sentido, observación, sistemas psíquicos, comunicación, memoria, lenguaje, entre otros, son tal vez una forma de dar respuesta a las preguntas planteadas en el texto: la autorreferencia como condición para la autopoiesis de la



comunicación. Los sistemas autorreferentes capaces de distinguir qué corresponde a esa operación comunicativa y qué es parte del entorno. Toda vez que se observa, se produce "lo indicado" y, por consiguiente, se da sentido para eventualmente, seleccionar y dar a conocer.

La comunicación no es un proceso, no se transmite información, es un compendio complejo y contingente en permanente acción y enlace de la síntesis de tres selecciones: información/ darla-a-conocer/entenderla, que en el transcurso de llevarse a cabo aparece la potencia o posibilidad de aceptación o rechazo. De esta última depende el éxito de la comunicación. Dicho éxito cuenta con agentes de probabilización que coadyuvan a lograr las expectativas o el éxito comunicativo, es decir, que el sistema acepte la comunicación y se genere o una acción o una coordinación de autofijaciones simbólicas. A dichos agentes se les denomina medios en tanto que median entre cada una de las selecciones y la otra contingencia: el lenguaje para el entendimiento; los medios de difusión para la improbabilidad de llegar más allá de los presentes y los medios de comunicación simbólicamente generalizados para el éxito o la aceptación de las ofertas comunicativas.

Finalmente, entender a la sociedad como "todas las comunicaciones posibles" es una gran diferencia que hace la diferencia al redimensionar el papel de la comunicación como "el" elemento constitutivo del operar social. Esta perspectiva debiera proporcionar otras aristas, otras formas y estructuras de comprender y analizar a la sociedad en su conjunto y a sus diversos sistemas e interacciones.

Referencias

- Bateson, Gregory (1979). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires, Planeta.
- Berlo, David K. (1990). *El proceso de comunicación*. Buenos Aires, El Ateneo
- Burtseva, L.; Tyrsa, V. y Flores Ríos, B. L. (2006). "Padre de la cibernética". *Revista UABC*, núm. 54. Universidad Autónoma de Baja California.
- Luhmann, Niklas (1995). *Poder*. Barcelona, UIA/Anthropos.
- Luhmann, Niklas (2002). *El derecho de la sociedad*. México, UIA.
- Luhmann, Niklas (2009). *¿Cómo es posible el orden social?* México, Herder/UIA.
- Luhmann, Niklas (2007). *La sociedad de la sociedad*. México, Herder.
- Luhmann, Niklas (1992). "What is Communication?". *Communication Theory*, 2(3): 251-259.
- Luhmann, Niklas y De Giorgi, Raffaele (1993). *Teoría de la sociedad*. Guadalajara, México, UIA.



- Maruyama, Magoroh (1968). "The Second Cybernetics: Deviation Amplifying Mutual Casual Processes" (304-313), en *Modern System Research for the Behavioral Scientist*. Ed. Buckley, W. Chicago, Aldine.
- Maturana, Humberto y Varela, Francisco (1973). *De máquinas y seres vivos*. Santiago, Editorial Universitaria.
- Maturana, Humberto y Varela, Francisco (2003). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*. Buenos Aires, Lumen.
- Morris, Charles (1985). *Fundamentos de la teoría de los signos*. Barcelona, Paidós.
- Peirce, Charles (1978). *Lecciones sobre el pragmatismo*. Buenos Aires, Aguilar.
- Shannon, Claude E. y Weaver, Warren (1948). *The Mathematical Theory of Communication*. Urbana, University of Illinois Press.
- Varela, Francisco (1990). *Conocer*. Barcelona, Gedisa.
- Watzlawick, Paul; Beavin, Janet y Jackson, Donald D. (1967). *Pragmatics of Human Communication*. New York.
- Wiener, Norbert (1984). *Cibernética y sociedad*. México, FCE.

Electrónicas

- <<http://www.jornada.unam.mx>>. Domingo 11 de septiembre de 2005.
- <elpais.com/diario/2006/07/09/eps/1152426410_850215.html>.

